



LOS CUENTISTAS

EL NOVIO DEL TRANVIA NUM. 79

POR BELA SCENES



Hace años que no he hablado con Imre Benedek. Esta tarde nos hemos encontrado en el tranvía número 79. Estamos sentados junto al cristal, uno frente a otro.

Yo.—¿Cómo te encuentras?
El (con el rostro radiante).—Maravillosamente bien.

Yo.—¿A quién llevas esas lindas flores?
El (con orgullo).—No es a mi abuela.

Yo.—¿Es guapa?
El.—Una maravilla.

Yo.—¿Casada?
El (llamándome al orden).—Una muchacha soñadora, distinguida.

Yo.—¿Supongo que no vas a casarte!
El.—¿Por qué no he de casarme? Tengo tres mil coronas mensuales. Y un piso. ¿Conoces a Arányi, el de nuestro banco?

Yo.—No.
El.—Gracias. Aunque la cosa no es todavía pública. Es un asunto arreglado, pero no se ha hecho público aun.

El Cobrador.—¿Hacen el favor de los billetes?
Yo.—Pase.
El.—Abonado.

El Cobrador.—Gracias. (Se va.)
El.—La muchacha es muy guapa. El viejo tiene dos casas en el Gran Boulevard; Aurora es hija única. En estos últimos tiempos el viejo ha ganado mucho en la bolsa: es un antiguo usurero, pero a mi eso ¿que puede importarme? No me caso con él, sino con su hija, ¿no es cierto? Te digo que el viejo se opone a la boda, pero, Aurora... (Se calla y acaricia suavemente las flores.)

Yo.—¡Oh el amor!
El.—Sí, esa es la justa palabra.

El conductor.—¡Puente Margarita, lado de Pest!

(Llegan nuevos viajeros, sentándose junto a nosotros una señora gruesa y otra delgada. Las dos damas prosiguen una conversación ya comenada.)

La gruesa.—Aurora no me dijo nada el otro día.
La delgada.—Por que la cosa no es todavía pública.

La gruesa.—¿Y qué es él?
La delgada.—Han tenido muy buenos informes. Está en un banco; y ascenderá pronto a cajero.

La gruesa.—¿Es un buen empleo.
La delgada.—Sí.

Yo miro a Imre Benedek.
El me hace señas con los ojos para que atienda a lo que dicen nuestras vecinas.

La gruesa.—Tiene un piso.
La delgada.—En estos tiempos es un verdadero premio gordo.

Yo miro sonriendo a Benedek, cuyo rostro irradia orgullo.

La gruesa.—Aparte de eso, es fácil que encuentren un piso mayor en una de las casas del viejo.

La delgada.—El viejo, acá para internos, ha robado bonitas sumas.

Yo miro a Benedek.
El me hace señas de que es indudable que se trata de él.

La gruesa.—¿Y es tan grande el amor?
La delgada.—¡Colossal!

El rostro de El resplandece de orgullo de un modo asqueroso.

La delgada (después de una breve pausa).—Pero solo por parte del joven. Me han dicho que Aurora no puede sufrirlo al pobre.

Yo miro a Benedek a hurtadillas.
El se pone rojo.

La gruesa.—¿Que no puede sufrirlo... ¿Por qué? ¿Sigue enamorada del teniente?

La delgada.—¿Acaso no tiene razón? El teniente es un hombre espléndido, que da gozo mirarle. Cuando ocurrió la desgracia, el viejo habló con él; pero el teniente no estaba dispuesto a casarse.

La gruesa.—¿Y el novio lo sabe?
La delgada.—No sabe nada. Figúrate tú; aún después de lo ocurrido, Aurora no se casará con él sino bajo las amenazas del viejo usurero.

La gruesa.—¿Tan feo es el novio?
Yo miro a mi amigo Benedek.

El se muere los labios y mira atentamente las casas del bulevar Margarita.

La delgada.—Según Aurora; no sólo es feo, sino que además, tiene la cabeza hueca y es un ente desagradable. Y enfermo. Parece ser que padece una grave enfermedad, pero que él mismo lo ignora, porque la familia y los médicos se lo ocultan.

Yo miro a Benedek ha hurtadillas.

El, en su dolor, estrujó las flores.

La gruesa.—¿Y cómo se llama el joven?
La delgada.—¿Que cómo se llama?... Espera voy, a decírtelo enseguida. He anotado su nombre, pues he prometido tomar informes suyos. (Revuelve su bolso.) Sólo recuerdo que su apellido comienza por B...

El está pálido como un muerto. Su frente, bañada por el sudor. Inclina su cabeza contra el cristal de la vidriera.

La delgada (de pronto).—¡Ya está! Bien, segura estaba de que el apellido comenzaba por B. Se llama Pedro Balog, y vive en la calle Mester.

El (lanzando un suspiro de consuelo). ¡Gracias a Dios.

(La gruesa y la delgada no comprenden lo que le ocurre aquel señor que está sentado junto al cristal. Imre Benedek se levanta, y apenas si se despidió de mí; su novia vive en la plaza Széna. Al salir del tranvía se enjuga el sudor de la frente.)

La delgada.—¿He dicho Pedro Balog?... Es un un error... Ese es, seguramente, el nombre del nuevo sastre... Mas abajo hay escrito otro nombre... Imre Benedek... Sí, ahora lo recuerdo: el novio de Aurora es un tal Benedek.



MOLINOS DE CRIPTANA

Molinos de Criptana, los de severos trazos, enhiestas caperuzas y corpulentos brazos que os erguis, esperando vuestra rival, en balde, callados centinelas sobre el páramo jalde que añosais aquel tiempo en que venceríais, fieros a un caballero que era flor de los caballeros que salió a combatirlos con su rocín al trote cuando érais los gigantes y el era Don Quijote.

Molinos de la tierra que ante el caballo ensancha; molinos de Castilla, molinos de la mancha que habeis visto el desfile, por aquellos caminos que os bordean, de reyes, cautivo, peregrinos, de pálidas princesas, soeces arrieros clérigos y yangüeses, villanos, cuadrilleros, Sanchos Panzas, barberos, bachilleres, Quijotes, camaldulenses, viejas, vizcaínos, galeotes, el venetero, Crisóstomo, el Duque y Dorotea, Merlín, Maese Pedro, Camadro y Dulcinea y dueñas doloridas y jaulas de leones y escuderos ¡oh miedos de Sancho! narizones.

Quizás antaño vierais, con su dolor a solas al magro Don Quijote haciendo cabriolas, pensando en Dulcinea, que andaba en su corral acheando granos de oro mejor que de corneal encerrada la joya de su cuerpo precioso tras unas pobres barbas del misero Toboso.

Quizás todo esto visteis en vuestra larga historia y un acervo de cosas duerme en vuestra memoria que en el recuerdo honroso con fúlgida luz brilla, molinos de la Mancha, molinos de Castilla que ahora sobre el llano, vivero de hidalguía deshojais la flor pálida de la melancolía mientras en torno a aquellas olvidadas virtudes teje la araña de las amargas inquietudes y el cisne del recuerdo dibuja, ágil, sus danzas, sobre el azul del lago de vuestras añoranzas...

¡Pero ¡ay! ya no desfilan por los largos senderos que os bordean, ni clérigos, ni dueñas ni escuderos, ni hay ya quien desafíe vuestro poder gigante sobre un rocín escualido que antaño fué arrogante,

ni os alzáis como reyes de la parda llanura.

Yo he visto correr vuestras lágrimas de amargura y, al reclinarse, cansina, vuestra armadura vieja parece que peregna la estrofa de una quejail.

Yo he sorprendido a veces lastimeros quejidos cuando en letal silencio de muerte estais dormidos en el yermo, que ha sido de la raza crisol levadura y fermento de este genio español que es brillante y sonoro como una hoja de acero, hospitalario, hidalgo y, como un fraile, austero; de este genio que ha escrito casi la historia humana con rasgos de una aguda espada toledana.

Molinos de Criptana, gigantes Briarcos de cien brazos que giran en lentos devaneos como la rueda loca de la fugaz fortuna ya en los días de sol ya en las noches de luna rimando extraños cánticos de un místico lenguaje cuando gime y chirría su esqueleto de herraje, cuando el silencio extiende sus alas bienhechoras y dan vueltas, cogidos de la mano, las horas formando ese cortejo de cansado compás de las cosas que pasan y no han de volver más; de las horas que cruzan en un séquito lento como aspas de molino cuando las mueve el viento...

Molinos de Criptana, gladiadores heridos que estais desvenecados, dolientes, carcomidos, recuerdos melancólicos de aquellos tiempos idos, que vais nutriendo, aislados, en los yermos dormidos mutilados, deshechos, olvidados, vencidos, decrepitos y aún fuertes cual ciclopes rendidos.

Centinelas gallardos de los páramos secos que otra vez contestaron a vuestro ¡alerta! en ecos cuando érais poderosos y alzábais arrogantes contra los caballeros vuestros brazos gigantes morid, si; yo lo quiero. Ya no quedan pujantes caballeros que os retan como os retaba antes aquel hidalgo enjuto que dibujó Cervantes. ¡Ya no quedan Quijotes ni quedan Rocinantes!

JUAN JOSÉ ESCRIBANO DE LA TORRE

Criptana 1924.